

**FELIPE
PIGNA 5**
LOS MITOS
DE LA HISTORIA ARGENTINA

**DEL DERROCAMIENTO DE PERÓN
AL GOLPE DE ONGANÍA
(1955-1966)**

Felipe Pigna

Los mitos de la historia argentina 5

*Del derrocamiento de Perón
al golpe de Onganía(1955-1966)*



Lonardi y su breve sueño de un peronismo sin Perón

Con el golpe de septiembre de 1955, autoproclamado “Revolución Libertadora”, comenzó un período de nuestra historia marcado por la proscripción, la persecución, la conflictividad y la inestabilidad, en el marco de un mundo donde los cambios de todo tipo parecían acelerarse.

En 1955 Brasil seguía conmocionado por el golpe de Estado de agosto de 1954 que culminó con el suicidio del presidente Getulio Vargas, impulsor de la industrialización y el desarrollo del país vecino. La Guerra Fría¹ se ponía álgida con la incorporación de Alemania Occidental a la OTAN y la creación, motorizada por la Unión Soviética, del Pacto de Varsovia, un acuerdo defensivo –que podía ser ofensivo– que incluía a Albania, Checoslovaquia, Bulgaria, Alemania Oriental, Hungría, Polonia y Rumania. Treinta países del llamado Tercer Mundo, no alineados con ninguna de las dos superpotencias, se reunían en Bandung, Indonesia, reclamando su lugar en el planeta. En los cines del mundo, millones de espectadores seguían maravillados por *La Strada* de Federico Fellini, estrenada a fines del año anterior. La música de fondo de aquel año 1955 era la de Miles Davis que sonaba por todos lados, ahora con el quinteto de estrellas que acababa de formar junto al saxofonista John Coltrane, el pianista Red Garland, el bajista Paul Chambers y el baterista Philly Jo Jones. Ajena a estos goces jazzísticos, la cultura occidental y cristiana se rasgaba las vesti-

¹ Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, norteamericanos y soviéticos se encontraron en los más variados frentes militares, apoyando unos y otros a diferentes bandos, pero evitando siempre el enfrentamiento directo. A esta especial forma de “convivencia pacífica”, paralela a la rivalidad, se la denominó *Guerra Fría*.

duras con la “escandalosa” novela *Lolita* de Vladimir Nabokov, que además inauguraría un adjetivo calificativo. Una amenaza mucho más concreta y real cruzaba los mares: el primer submarino nuclear. Por estos lares de la América nuestra comenzaba la prehistoria del *boom* literario latinoamericano con la extraordinaria novela *Pedro Páramo* del mexicano Juan Rulfo. Del otro lado de la frontera de nuestro continente latino, en Montgomery, Alabama, con un modesto pero muy valiente gesto, la costurera negra de 43 años Sara Parks daba los primeros pasos del movimiento por los derechos civiles de su gente, al negarse a darle el asiento a un blanco, contrariando las leyes racistas de la “mayor democracia del mundo”. Tras un año de lucha, Sara y el nuevo líder del movimiento, el joven reverendo Martin Luther King, habían logrado el objetivo de eliminar la odiosa reglamentación. Luther King, dijo por aquellos días: “Si protestamos valerosamente pero con dignidad y amor cristiano, los historiadores de generaciones futuras dirán que vivió un gran pueblo, el pueblo negro, que inyectó un sentido y una dignidad nuevos en las venas de la civilización”. Mientras tanto y en el mismo país, un hombre que no se caracterizaba por defender causas progresistas, Walt Disney, inauguraba en Anaheim, California, el parque temático Disneylandia. No muy lejos de allí, en una carretera de California, casi parafraseando a la célebre novela de Jack Kerouack, *En el camino*,² quedaba truncado el sueño americano cuando James Dean, el emblemático actor e ícono de una generación, el “rebelde sin causa”, el muchacho que había dicho “Para mí el único éxito, la única grandeza es la inmortalidad”, moría en un accidente a los 24 años conduciendo su Porsche Spyder 550 plateado. También se iba de este mundo el notable Charlie Parker, uno de los músicos de jazz más admirados por Julio Cortázar, y nos dejaba el científico y pensador Albert Einstein, quien escribía en su famoso ensayo *¿Por qué socialismo?*: “La anarquía económica de la sociedad capitalista tal como existe hoy es, en mi opinión, la verdadera fuente del mal”.

En la Argentina, un River Plate imparable se consagraba campeón,

² La novela *En el camino* fue escrita por Jack Kerouac durante el año 1951 pero recién logró publicarla en 1957. Su temática era extremadamente atrevida para la doble moral norteamericana de la época. Narra las aventuras de Sal Paradise y Dean Moriarty, quienes recorrían las rutas, consumiendo marihuana y criticando los fundamentos de la sociedad norteamericana a través de profundas discusiones filosóficas. Nació el movimiento *beat* que tuvo en Kerouac, Allen Ginsberg, Gregory Corso y William Burroughs a sus principales referentes.

la Selección lucía su título sudamericano, Juan Manuel Fangio era ya el indiscutido “rey de las pistas” y arriba y abajo del ring, Pascualito Pérez y el *Mono* Gatica iban a tener que dejar obligadamente de dedicarle los triunfos al General. El '55 fue uno de los peores años del cine argentino, en el que casi no hubo estrenos nacionales; pero en el teatro de revistas brillaba nuevamente Pepe Arias, declarado “contrera”, con su célebre monólogo *El último afiliado*, en el que narraba las desventuras de un hombre que se había negado durante la década peronista a afiliarse al partido y decidía finalmente hacerlo en el momento en que sin su conocimiento comenzaba la “Libertadora”.

Con la música de fondo de las habituales marchas militares, tras el golpe cívico-militar que lo había derrocado, Juan Perón abordó, el 3 de octubre de 1955, a la una y diez de la tarde, un hidroavión Catalina matrícula PBY-T 29, comandado por Leo Nowak, el piloto oficial del presidente Alfredo Stroessner, que lo llevaría al Paraguay. Comenzaba su largo exilio, ocho días antes de cumplir “oficialmente” los 60 años.³ El despegue fue complicado, según recordará el mismo Perón:

Tomé ubicación en el hidroavión que bailaba, impaciente, sobre el lomo de las olas. El agua penetraba en la cabina y embestía con violencia el puesto de los pilotos. Esperamos que el viento calma-se algo. De repente sentí los motores bramar con furia sobre mi cabeza. El piloto enfiló hacia el mar abierto, pero el avión luchaba contra la corriente sin poder despegar. Parecía que estuviese pegado al agua. Seguimos flotando por dos kilómetros, después de los cuales se levantó unos metros, pero volvió a caer súbitamente y con violencia, sobre el río encrespado. El piloto no se desanimó, volvió a intentar el despegue y a poco rozamos los mástiles de una nave y finalmente pudimos emprender el viaje.⁴

Ya instalado en Asunción, el General dio sus primeras declaraciones a la prensa, caracterizando al golpe que acababa de derrocarlo:

³ Sobre la fecha y el lugar de nacimiento de Perón, véase *Los mitos de la historia argentina 4. La Argentina peronista (1943-1955)*, Planeta, Buenos Aires, 2008, págs. 11-12. El 8 de octubre de 1895 era la que figuraba en sus documentos de identidad.

⁴ Joseph Page, *Perón. Segunda parte (1953-1974)*, Círculo de Lectores, Buenos Aires, 1984, pág. 90.

Esta revolución como la de 1930, también septembrina, representa la lucha de la clase parasitaria contra la clase productora. La oligarquía puso el dinero; los curas, la prédica; un sector de las Fuerzas Armadas, dominado por la ambición, y algunos jefes pusieron las armas de la República. En el otro bando están los trabajadores, el pueblo que sufre y produce. La consecuencia es una dictadura militar de corte oligárquico-clerical.⁵

Un corresponsal preguntó qué pensaba hacer para volver al poder en la Argentina. Perón lo miró y le respondió “*Nada. Todo lo harán mis enemigos*”.

Villa Manuelita contra el resto del mundo

Y allí estaban sus enemigos para comenzar la faena. Tal como había ocurrido con el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, el alzamiento armado de septiembre de 1955 fue llevado a cabo por una alianza integrada por civiles y militares que gustaban llamarse “nacionalistas”⁶ y “liberales”.⁷

El golpe fue apoyado por la mayoría de los partidos políticos que se habían opuesto al peronismo, la Iglesia, la Sociedad Rural, las cámaras empresarias, la banca y la siempre solícita embajada de los Estados Unidos, que en un cable secreto señalaba:

⁵ Declaraciones de Juan Domingo a la agencia United Press, publicadas por el diario *El Día*, de Montevideo, el 5 de octubre de 1955; en Milcíades Peña, *El Peronismo. Selección de documentos para la historia*, Fichas, Buenos Aires, 1973, pág. 159.

⁶ Por nacionalistas debe entenderse derechistas ligados a la Iglesia Católica.

⁷ No está mal aclarar que es demasiado generoso llamar “liberal” a un sector autoritario y represivo de un golpe de Estado; así lo hacen, sin embargo, sin usar comillas, muchos autores que han trabajado sobre el período. Quizá valdría la pena recordar la frase de Alberdi: “Los liberales argentinos son amantes platónicos de una deidad que no han visto ni conocen. Ser libre, para ellos, no consiste en gobernarse a sí mismos sino en gobernar a los otros. La posesión del gobierno: he ahí toda su libertad. El monopolio del gobierno: he ahí todo su liberalismo. El liberalismo como hábito de respetar el disenso de los otros es algo que no cabe en la cabeza de un liberal argentino. El disidente es enemigo; la disidencia de opinión es guerra, hostilidad, que autoriza la represión y la muerte” (*Escritos póstumos*, Editorial Cruz, Buenos Aires, 1890, tomo X).

el gobierno provisional que asumió luego de la Revolución del 16 de septiembre [...] ha resistido muchas presiones más allá de nuestros mejores deseos y es el gobierno más amistoso respecto de los Estados Unidos que ha existido aquí en años y ha demostrado convicciones y motivaciones democráticas [...]. Por lo tanto sería importante para nuestros intereses ayudar a nutrir a esta tierra plana y hacer lo que esté a nuestro alcance para asegurar su continuidad y crecimiento.⁸

Mientras las principales potencias reconocían al nuevo gobierno, en Villa Manuelita, una barriada muy pobre cercana al frigorífico Swift, en la zona sur de Rosario, bajo la atenta de las fuerzas represivas de la caballería, un grupo de mujeres, junto con sus pequeños hijos, colgó un cartel en el tanque de agua. Lo habían escrito con brea sobre una improvisada tela armada con guardapolvos cosidos y allí podía leerse: “Todos los países reconocen a Lonardi. Villa Manuelita no lo reconoce”. Cuenta Juan Vigo:

De la columna de jinetes, tres soldados se apearon y lentamente se acercaron al tanque. Venían con la orden de quitar la bandera que desafiaba al general rebelde. Las mujeres arrastraban a sus pequeños hijos que lloraban y los alzaban consagrándolos hacia Dios que, a lo mejor estaba en el cielo: “¡Adelante!... imátenlos!... ¡asesinos!... imátenlos!... ¡tiren cobardes!” Los tres soldados se dieron media vuelta y volvieron corriendo. Dicen que uno iban llorando. Y Villa Manuelita, firme, no se rendía [...]. El 23, mientras Lonardi entraba triunfante en Buenos Aires, vitoreado por todas las especies del antiperonismo y la oligarquía, Villa Manuelita adherida a su agonía, resistiéndose a morir de indignidad. Los soldados intentaron tres veces sin éxito sacar la bandera que desconocía el triunfo del golpe. Fueron corridos a pedrazos y ladrillazos a las afueras de la Villa por una muchedumbre que coreaba el nombre del presidente depuesto. Habían montado guardias al pie del tanque y nadie aflojaba. Pero los festejos no

⁸ Citado en Jane van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, Vinciguerra, Buenos Aires, 1990, pág. 282.

pueden esperar: la oligarquía aguarda su banquete y lo quiere en paz y el país tiene que demostrar que está en calma. Se descarga toda la oleada represiva en un solo día y comienzan a avanzar las tanquetas, los caballos y desde las avionetas empiezan a tirar latas con gases lacrimógenos que explotan sobre los techos de las casillas.⁹

En las barriadas humildes, en los cordones industriales, en el interior profundo, al borde de las cañas de azúcar, de los algodinales, las familias peronistas sabían que más allá de las proclamas y los discursos, el gobierno que asumía no venía precisamente a liberarlos, sino más bien a todo lo contrario, a llevarse por delante todas las conquistas sociales, todos los derechos adquiridos. Sabían también que comenzaría la revancha de los poderosos y por lo tanto había que prepararse para una larga lucha.

Recordaba uno de los miembros de aquella resistencia:

La resistencia comienza en la mesa familiar, en la cual todos estaban indignados, las mujeres lloraban. Después con los vecinos, nos dimos cuenta que debíamos hacer algo y comenzamos a pintar “Perón Vuelve”. Los Comandos Civiles habían llenado las paredes con “Cristo Vence”, que era una cruz con una letra V en el medio. Entonces, nosotros convertíamos la cruz en una letra P. En algunos sitios, ellos le agregaban “muerto”. Pero la imaginación popular es inagotable, y un anónimo le agregó “de risa”: “Perón vuelve muerto de risa...”¹⁰

Los peligros del inconsciente

Quizás inspirados por el título de la novela de Bioy Casares que acababa de aparecer, *El sueño de los héroes*, los golpistas civiles y militares de la “Libertadora” disolvieron el parlamento, dejaron cesantes

⁹ Juan Vigo, *Crónicas de la resistencia. La vida por Perón*, A. Peña Lillo, Buenos Aires, 1973.

¹⁰ Testimonio de Enrique Oliva en Nicolás Damin, *Plan Conintes y Resistencia Peronista 1955-1973*, Instituto Nacional Juan Domingo Perón, Buenos Aires, 2010, pág. 112.

a los miembros de la Corte Suprema de Justicia y declararon en comisión a todo el Poder Judicial. Intervinieron todas las universidades nacionales y crearon una Comisión Nacional de Investigaciones que comenzó a “trabajar” con una indisimulada parcialidad contra todo lo que olera a peronismo.

El general Eduardo Lonardi, que había encabezado el levantamiento en Córdoba, al asumir la “presidencia provisional” el 23 de septiembre –mientras Perón aún se encontraba en la cañonera *Paraguay*, esperando el salvoconducto para salir del país– habló ante una Plaza de Mayo repleta de gente, muy distinta a la que, a lo largo de diez años de peronismo, había llenado ese mismo escenario en los actos oficiales, en los festejos del Primero de Mayo o en trágicas circunstancias como la noche de la muerte de Evita:

Tanto como la de mis compañeros de armas –*decía el jefe golpista*–, deseo la colaboración de los obreros y me atrevo a pedirles que acudan a mí con la misma confianza con que lo hacían con el gobierno anterior. Buscarán en vano al demagogo, pero tengan la seguridad de que siempre encontrarán un padre o un hermano. La libertad sindical, indispensable a mi juicio para la dignidad del trabajador, de ningún modo significará la destrucción de los instrumentos de derecho público o laboral, necesarios para el ordenamiento profesional.¹¹

Probablemente al general Lonardi lo traicionó el inconsciente cuando completó su primer discurso como nuevo gobernante “de facto” adoptando la frase pronunciada por Urquiza después de Caseros, según la cual no habría “Ni vencedores, ni vencidos”. Era una mala señal, ya que en ambas ocasiones hubo vencedores y vencidos, y contra estos últimos, tal como había ocurrido después de la batalla del 3 de febrero de 1852, ya entonces comenzaba una encarnizada y perdurable persecución.

Dos días después del discurso de Lonardi, uno de los hombres clave del golpe, el capitán de navío Arturo Rial, luego ascendido a contraalmirante, lo puso negro sobre blanco, con admirable capacidad de síntesis, ante un grupo de dirigentes de la CGT, todavía no intervenida,

¹¹ *La Nación*, 24 de septiembre de 1955.

que aguardaban ser recibidos por el nuevo presidente: “Sepan ustedes que la Revolución Libertadora se hizo para que en este país el hijo del barrendero, muera barrendero”.¹² No era una opinión personal; pronto otros notables “libertadores”, militares y civiles, se encargarían de demostrar que les habían declarado la guerra a los trabajadores.

Desprolijidades de los “libertadores”

Eran bastante desprolijos estos “libertadores”, un motivo más para desagaviar a los verdaderos libertadores que estaban a años luz de estos golpistas de mediados del siglo XX. Tan desprolijos eran que Lonardi aceptó sin cuestionamientos que su vicepresidente fuese el contraalmirante Isaac Francisco Rojas, a quien no conocía hasta entonces. Rojas no coincidía en nada con el discurso ni con las ideas de pacificación sin sangre del presidente y ya se preparaba para derrocarlo. Un hombre clave del golpe de Estado señala:

Vi claramente que la asunción de la Presidencia de la República por parte del general Lonardi en tales condiciones, sin la menor conversación previa ni el menor acuerdo con las demás fuerzas que habían participado en la Revolución, habría necesariamente de producir un choque de tendencias y opiniones que nada bueno presagiaba.¹³

Un integrante del nuevo elenco gobernante definía el desconcierto con un toque de mayor agudeza:

La Revolución llegó sin planes específicos. Se entendía que el régimen peronista era totalitario y que el movimiento debería restablecer el sistema republicano-democrático de gobierno y los derechos y garantías individuales establecidos en la Constitución de 1853-60. Ello equivalía implícitamente a instaurar un sistema liberal, ya que este es la esencia de dicha Constitución. Más allá

¹² Miguel Gazzera, *Peronismo: autocrítica y perspectivas*, Descartes, Buenos Aires, 1970, pág. 64.

¹³ Bonifacio del Carril, *Crónica interna de la Revolución Libertadora*, edición del autor, Buenos Aires, 1959, pág. 132.

de esas ideas directrices no había programas detallados. El secreto con que debió prepararse el movimiento impidió elaborarlos. En el campo económico-social las ideas eran confusas y más que todo se referían a los abusos que se habían cometido en torno al movimiento sindical, de estructura también totalitaria y “columna vertebral” del régimen peronista. En lo referente al sistema económico propiamente dicho, nada orgánico se había preparado.¹⁴

“No nos une el amor...”

“Sino el espanto”, diría Borges, quien meses más tarde asumiría como director de la Biblioteca Nacional. Y la verdad es que lo único que unía a aquel heterogéneo conjunto de civiles y militares era su espantado o espantoso, según como se mire, antiperonismo. De ahí en adelante, estaban lejos de tener un proyecto político común y pronto comenzaron a hacerse evidentes diferencias irreconciliables. Todo estaba muy bien cuando se trataba de conspirar y tomar medidas contra el peronismo depuesto, pero, a medida que la “Libertadora” fue poniendo en evidencia su absoluto fracaso y se vislumbraba un horizonte electoral, los partidos antiperonistas coaligados comenzaron a diferenciarse del gobierno y entre sí para dedicarse a la conquista de los votos o, como en el caso del radicalismo más conservador, tejer alianzas con los “libertadores” en retirada para asegurarse, como sea, el triunfo en los futuros comicios.

El general Lonardi pertenecía a la autodenominada fracción “nacionalista” del Ejército, que no le perdonaba a Perón su enfrentamiento con la Iglesia y el sacrilegio de la quema de los templos. Había puesto su golpe de Estado bajo la advocación de la Virgen de la Merced; nunca olvidaba en sus arengas inculcarles a sus subordinados y camaradas que todo lo hacían por “Por Dios y por la Patria” e impuso como contraseña para sus operaciones golpistas la sugestiva frase “Dios es justo”.

Por aquellos días, la Iglesia argentina, que ostentaba el dudoso logro de haberse convertido en una de las más reaccionarias del mundo,

¹⁴ Álvaro Alsogaray, *Experiencias de 50 años de política y economía argentina*, Planeta, Buenos Aires, 1993.

optaba sin culpas por los ricos y poderosos y militaba fervorosamente –más allá de honrosas excepciones personales– por reinstalar las jerarquías y los privilegios excluyentes que se habían perdido en los años del peronismo. Esa fue la Iglesia que se constituía, con todo lo que ello implicaba, en el más lúcido, consecuente y consciente referente de la alianza opositora a Perón.

Un verdadero pionero en esta materia fue el sacerdote ultraderechista Julio Meinvielle, quien había escrito un artículo titulado “Hacia un nacionalismo marxista”, publicado el 23 de septiembre de 1949 en el periódico *Presencia*, donde decía que “al carecer de una concepción unitaria de valores, el General Perón ha ido cayendo en un planteo puramente económico y materialista. Por la fuerza de las cosas, su justicialismo habría de convertirse en un verdadero marxismo”.¹⁵ Perón detallaba en un discurso pronunciado unos días antes de los bombardeos a Plaza de Mayo y de la quema de las iglesias, algunos hitos del distanciamiento con aquella corporación con la que había tenido al principio tan estrechas relaciones:

Recuerdo, por ejemplo, la lucha sistemática contra la persona y contra la obra social de la señora Eva Perón y de su benemérita Fundación; la campaña de calumnias y difamaciones de que fueron objeto las mujeres del Partido Peronista Femenino, campaña carente de todo espíritu cristiano y totalmente injusta; las actitudes de numerosos miembros del clero que se negaron a satisfacer los deseos del Pueblo cuando este trató de realizar oficios religiosos por la salud o en memoria de la señora Eva Perón; el desprecio por la organización obrera que se agrupa en la Confederación General del Trabajo; las campañas organizadas contra la posición ideológica del Movimiento Peronista, posición de paz para la reconciliación del mundo; la prédica de rumores destinados a lograr el desprestigio de los hombres de gobierno mediante las más dispares acusaciones; las campañas tendientes a crear el descrédito del Gobierno en el exterior de la República; los ataques injustificados contra las organizaciones juveniles y las más infames calumnias contra las actividades que ellas realizan a puertas abiertas.¹⁶

¹⁵ *Presencia*, 23 de septiembre de 1949.

¹⁶ *La Prensa*, 14 de junio de 1955.